

VELOS, MÁSCARAS Y DISFRACES*

(O DE LA AUTENTICIDAD)

Agustín Squella

Distinguiendo la sinceridad y la veracidad de la autenticidad, el autor ve esta última como la virtud gracias a la cual la vida interior y la vida exterior de un sujeto coinciden. Así, para practicarla es necesaria entonces una cierta conciencia de sí mismo —y aun gozo de sí mismo—, equilibrada entre los extremos viciosos del ocultamiento de sí mismo y del exhibicionismo de sí mismo, o “majadería”. Los elementos que perturban o impiden esa armonía entre el interior y lo exterior de un sujeto, como también algunas otras características próximas o parecidas a la autenticidad, se examinan aquí sin descuidar uno de los requisitos que la modulan y hacen más humana, cual es el humor.

AGUSTÍN SQUELLA. Profesor de Filosofía del Derecho. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Actual Rector de la Universidad de Valparaíso.

* Texto de la conferencia pronunciada el 2 de julio de 1996 en el marco del ciclo “Las virtudes de la vida”, organizado por el Centro de Estudios Públicos. En este volumen se incluyen también las conferencias de Humberto Giannini y Óscar Godoy A. Las conferencias que expusieron en el mismo ciclo Pedro Gandolfo, Martín Hopenhayn y Jorge Peña Vial fueron publicadas en el N° 65 de *Estudios Públicos*.

Estudios Públicos, 66 (otoño 1997).

Agradezco a los organizadores de este ciclo de conferencias la oportunidad que tengo de intervenir hoy ante ustedes.

Este ciclo, según yo lo veo, no tiene para nada el propósito de transmitirles algún código moral que los expositores hubiéramos reconocido previamente como verdadero, o sea, no estamos aquí para decirles cómo deben ustedes comportarse desde el punto de vista moral.

Lejos de eso, estamos aquí para intentar un esfuerzo asociado, asociado doblemente, entre los expositores y entre cada uno de éstos y ustedes, para aclarar, hasta donde resulte posible, qué es la virtud y en qué puede consistir un cierto conjunto de virtudes, las virtudes de la vida, que por alguna razón hemos escogido exponer y discutir con ustedes.

Otra ventaja que yo veo a este ciclo es que en él se ha hablado de virtudes y no de valores, esto es, se ha querido discutir acerca de la práctica efectiva, habitual y adquirida del bien por parte de las personas durante la vida y no sobre lo que podamos pensar acerca del bien. Las virtudes son maneras de ser y no de pensar. Son, como alguien ha escrito en un libro reciente, “disposiciones adquiridas de hacer el bien”, de modo que cada vez que uno se pregunta cuáles son las virtudes de la vida, lo que se pregunta a fin de cuentas es acerca de cuáles serán esas disposiciones del espíritu, a la vez adquiridas y durables, cuya presencia en un individuo “aumentan la estima moral que uno siente por él”.

En todo caso, cuando uno acepta intervenir en un ciclo como éste, que trata de las virtudes de la vida, corre cuando menos dos riesgos: el de aparentar ser virtuoso y el de creer, o hacer creer, que uno pudiera estar en posesión de la determinada virtud que le corresponde tratar en su conferencia.

Asumí ciertamente ambos riesgos, aunque debo declarar que me considero demasiado imperfecto para pretender presentarme ante mi prójimo como un individuo virtuoso. Por lo demás, la satisfacción de ser virtuoso es prácticamente inalcanzable para temperamentos que tienen una cierta desconfianza de sí mismos. Y en lo que a la autenticidad se refiere —una virtud moderna que tiene que ver con la capacidad de forjarse a sí mismo, de permanecer fiel a uno mismo y de hacerse visible para los demás tal cual se es—, se trata de un atributo del que lo más que puedo decir es que lo he buscado para mí con tesón y celebrado con entusiasmo y alegría cada vez que lo he reconocido en alguno de mis semejantes.

Pues bien, veamos qué hay, en fin, con la virtud que ahora nos reúne, con la difícil autenticidad, que es difícil como todas las virtudes, porque al ser una de ellas es hábito, habitud del bien, y que es difícil, en otro sentido, porque, al ser ella una virtud pudiéramos decir moderna, nos pone en

mayores aprietos a la hora de establecer de qué bien en concreto es ese hábito en el caso de esta específica virtud.

Hemos dicho que la autenticidad es una virtud moderna, quizás porque moderno es también el interés del hombre por su subjetividad. No la encontrarán ustedes mencionada en los catálogos clásicos acerca de las virtudes. En dichos catálogos, lo más parecido a ella podría ser la honestidad. Pero a mí me parece que la autenticidad, si bien próxima a la honestidad, es algo distinta de ésta. La honestidad parece tener que ver, ante todo, con la veracidad y con la sinceridad, esto es, con la fidelidad a las propias ideas y sentimientos. “No mentir” parece ser el emblema principal de honesto; “no ocultar”, el complemento indispensable de ese mismo emblema. Ya veremos poco más adelante que por lo que respecta a la autenticidad, si bien es ella veraz y expuesta, va quizás un poco más lejos y se vincula no sólo con la fidelidad a sí mismo y con el hecho de mostrarse a sí mismo, sino, más aún, con una cierta autoría de sí mismo.

La autenticidad, partamos por lo más simple, es lo que se predica de lo auténtico. Lo auténtico es tal porque tiene autenticidad. ¿Cómo salir de este círculo? ¿Qué es precisamente lo que debemos practicar con habitualidad y con la convicción de que se trata de algo bueno y deseable para ser en definitiva auténticos?

Auténtico es, ante todo, el que se hace a sí mismo, el que sabe que somos antes un proyecto que un destino, el que no niega que haya un camino, aunque sabe, como se nos ha cantado tantas veces, que se trata de un camino que se hace precisamente al andar, que se traza, en fin, junto con hacerse.

Hacerse a sí mismo, claro está, tiene que ver con la autonomía del propio ser. Algo tiene que ver, en definitiva, con esa condición de autonomía que cada hombre tiene para querer por sí mismo y para sujetarse a ese querer y no a otro que pueda serle extraño o ajeno.

Auténtico es el que se hace a sí mismo, pero también el que sabe ser fiel a sí mismo. Un hombre, diríamos, del tipo de los originales, no de las simples copias.

Es alguien, además, que se muestra a sí mismo, alguien que, en alguna medida, se basta a sí mismo y que podría llegar incluso a celebrarse y cantarse a sí mismo, como ocurre en esos versos estremecedores que debemos a Walt Whitman.

Hacerse a sí mismo, permanecer fiel a sí mismo, mostrarse a sí mismo, bastarse a sí mismo, celebrarse y cantarse a sí mismo, pero no porque lleguemos a tener una idea demasiado alta de nosotros mismos, sino por el carácter único, irrepetible, se acostumbra decir, que nos lleva a

advertir con júbilo que el mundo está ahí para que seamos en él, no para que nos lo apropiemos, sino para frotarnos con él, para gozarlo, para padecerlo también, y para hacer de ese modo cada cual su propia obra.

“Haced vuestra obra a tiempo”, dice el *Eclesiastés*. “Por sus obras los conoceréis”. De eso se trata, creo yo, cuando hablamos de la autenticidad como virtud. Se trata de hacernos una vida interior y de lograr luego que ella calce con nuestra vida exterior. Se trata de dar una cierta conformidad a nuestros actos y a nuestras palabras con la vida interior, con el sello que hemos sido capaces de forjarnos. Se trata de no simular, esto es, de hacer aparecer lo que no es, y, a la vez, de no disimular, o sea, de no hacer aparecer lo que es.

John Stuart Mill, en su célebre ensayo *Sobre la libertad*, declara, pues, con razón, que “si una persona posee una dosis aceptable de sentido común y experiencia, la forma de disponer de su existencia que le es propia es la mejor no porque lo sea en sí misma, sino porque constituye la forma que le es propia”.

La virtud que ordena el modo de relacionarnos con la verdad puede ser la veracidad. La virtud que regula el modo de vincularnos con nuestras emociones puede ser la sinceridad. La autenticidad, en cambio, es una virtud próxima, pero no igual a esas dos. Tiene que ver más con la fidelidad a sí mismo que con el apego a la verdad o la expresión de nuestros reales sentimientos.

Ser veraz equivale a decir la verdad. Ser sincero equivale a expresar lo que sentimos. Ser auténtico es todavía más que decir y expresar, es ser, es ser uno mismo. Por lo mismo, lo contrario de la verdad es la mentira, en tanto que lo contrario de la sinceridad es la falsedad. En cambio, lo contrario de la autenticidad, más que la falsedad, es la duplicidad, algo que tiene que ver no tanto con el ocultamiento del que soy cuanto con el acto de fingirme distinto u otro del que realmente soy.

Permítanme introducir aquí la distinción que me ha servido para componer el título de esta conferencia. Permítanme hablar un momento acerca de velos, máscaras y disfraces.

El velo es algo leve, porque apenas deja fuera de nuestra vista lo que sabemos que existe del otro lado de la tela. Así, la mujer que tapa su belleza con un velo propiamente no la oculta, porque el que la mira sabe ya de su belleza. El velo es entonces el instrumento del misterio.

En cambio, el que se vale de una máscara quiere no sólo ocultar su identidad, sino sustituirla por otra. El que utiliza una máscara quiere simplemente ser otro, no el que es. La máscara, en consecuencia, es el instrumento de la falsedad.

El que emplea ahora un disfraz no oculta su identidad ni pretende realmente ser otro. El sujeto con disfraz meramente suspende su identidad e imita otra de una manera que resulta tan ostensible como fugaz. Nadie quiere engañar con un disfraz ni lo lleva tampoco para siempre. El disfraz, por lo mismo, viene a ser el instrumento del juego.

Sin embargo, pienso que tiene que existir algo entre el velo y la máscara, algo que permita sólo ocultar la identidad por un momento, pero sin que nos haga aparecer como otro distinto del que somos. Eso es el manto, que nos cubre, que en verdad nos oculta —y por eso se diferencia del simple velo—, pero que, todo lo contrario de lo que acontece con la máscara, no es suficiente para hacernos parecer otro del que somos. El manto es apenas un instrumento de protección.

Velos, mantos, máscaras y disfraces: así debió llamarse esta conferencia, porque tales son, a fin de cuentas, los recursos de que nos valemos para interferir con nuestra identidad.

Sólo las máscaras, en fin, tendrían que ver con eso que llamamos el mal.

El velo es apenas un encubrimiento, y quizás ni siquiera eso. El manto es el que en verdad nos encubre, mientras los disfraces nos facilitan simplemente la diversión que consiste tan sólo en imitar a otro. En cambio, la máscara es una simulación, porque nos permite fingir.

Está dicho que la autenticidad es a la vez próxima y distinta de la veracidad y de la sinceridad, aunque parece hallarse más cerca de ésta que de aquélla. Pero la autenticidad se diferencia de la sinceridad, y es todavía una virtud más exigente, porque obliga no sólo a no engañar a los demás acerca de lo que somos y de lo que sentimos, sino que obliga también a no mentirse a sí mismo. Tal como ha escrito André Compte-Sponville en su libro *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, la soledad de Robinson en su isla lo dispensaba de la sinceridad, al menos hasta la aparición de Viernes, simplemente porque hasta ese momento no había otro ante el cual practicar esa virtud. Sin embargo, la autenticidad continuaba siendo debida para Robinson en tales circunstancias. ¿Debida ante quién?, se pregunta el autor del libro recién mencionado. Ante él mismo, y eso basta.

Hay un texto de William Benett que yo no valoro tanto como al parecer hacen los que lo han colocado, aquí y en otros países, entre las últimas obras mejor vendidas. Se llama *El libro de las virtudes* y en él su autor procura ilustrarlas valiéndose de una agobiante selección de textos literarios. Para ilustrar en particular la honestidad, utiliza el siguiente breve relato, un cuento tradicional titulado *Alguien te ve*.

—Un hombre decidió meterse en el campo del vecino para robarle trigo.

—Si cojo un poco de cada parcela —se dijo—, nadie lo notará, pero para mí representará una buena parva de trigo.

Así que aguardó una noche oscura, cuando gruesas nubes tapaban la luna, y salió a hurtadillas de su casa. Llevó consigo a su hija menor.

—Hija —susurró—, tú debes montar guardia, y avisarme si alguien me ve.

El hombre se metió en el primer campo para empezar a cosechar, y al rato la niña gritó:

—¡Padre, alguien te ve!

El hombre miró en torno pero no vio a nadie, así que tomó su trigo robado y pasó al segundo campo.

—¡Padre, alguien te ve! —exclamó de nuevo la niña.

El hombre se detuvo, miró en torno, pero tampoco esta vez vio a nadie. Recogió más trigo y pasó al tercer campo.

Pasó un rato y la niña gritó:

—¡Padre, alguien te ve!

Una vez más el hombre interrumpió la faena y miró hacia todas partes, pero no vio a nadie, así que recogió el trigo y pasó al último campo.

—¡Padre, alguien te ve! —insistió la niña.

El hombre dejó de cosechar, miró en torno, y tampoco vio a nadie.

—¿Por qué diantre insistes en que alguien me ve? —preguntó airadamente a la hija—. He mirado por todas partes, y no veo a nadie.

—Padre —murmuró la niña—, alguien te ve desde arriba.

De acuerdo a lo que hemos dicho antes sobre el particular, mi único comentario a este relato es que la frase final de la niña —“Padre, alguien te ve desde arriba”— debería ser sustituida por “Padre, tú te ves a ti mismo”.

Quiero decir que no sabemos realmente si alguien nos ve desde arriba, aunque siempre deberíamos ser capaces de mirarnos a nosotros mismos.

Por otra parte, la autenticidad es fidelidad y presentación de sí mismo, no ostentación de sí mismo. Es mostración, no exhibicionismo. Es respeto por lo que se es, no jactancia ni vanagloria. Es amor de uno mismo, sí, pero no amor propio. Es magnanimidad, no vanidad. Es actuar a plena luz, no sentirse iluminado. Es, en fin, algo parecido a eso que Rousseau describió tan bellamente como “el sentimiento de la existencia”, un sentimiento precioso, hecho, dice él, de “contento y de paz”.

Autenticidad es formar el propio corazón, no encerrarse en él. Es hacer que el corazón quiera, pero sin que ese querer, que proviene de uno mismo, se vuelque luego sólo sobre sí mismo. Es individualismo, sí, no narcisismo, y si ese individualismo, como todo, puede entrañar algunos peligros, especialmente el de quedar absortos en nosotros

mismos, lo cierto es que el individualismo tiene también un efecto liberador, en cuanto el bienestar y la felicidad se perciben ahora, si no como estados posibles, como metas personales y no únicamente como fines de carácter social.

A mí siempre me ha llamado la atención, por ejemplo, que un humanista como Andrés Bello haya destacado, ya en 1843, cuando pronunció su célebre discurso de instalación de la Universidad de Chile, que el cultivo de las ciencias, de las artes y de las letras no sólo tiene evidentes beneficios de tipo social, sino que es también fuente de consuelos y recompensas espirituales para el hombre individual, puesto que las ciencias, las artes y las letras, en propias palabras de Bello, “aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama”.

La autenticidad como hacerse a sí mismo, como hacer también de uno mismo un fin, no es propiamente el fin de todos los otros fines, como se proclama a veces, sino un cierto ajuste en la consideración de los fines. No es la pérdida de toda visión heroica de la vida, como parece creer Charles Taylor en su libro *La ética de la autenticidad*, sino un cambio en lo que vamos a entender ahora por heroico. No es propiamente la pérdida de la convicción de que siempre tenemos que tener algo por lo que valga la pena morir, sino el avance de una idea mejor, a saber, que es preferible tener algo por lo que valga la pena vivir. No es, en fin, pérdida total del interés por los demás y por la sociedad en que vivimos, sino convicción de que sólo el descubrimiento de un sentido propio puede hacer consciente, esto es, meritorio, el interés por nuestros semejantes y la solidaridad de que precisamos para que la sociedad vaya también mejor.

Quiero decir, simplemente, que podemos ser auténticos y a la vez ciudadanos. Tenemos que admitir, en otras palabras, que hay decisiones que nos pertenecen, porque conciernen únicamente a nosotros mismos, pero que el hecho de vivir en sociedad hace también necesario que se adopten decisiones colectivas, esto es, que interesan y la vez afectan al conjunto de la sociedad. Entonces, si tiene sentido preguntarse quién debe tomar ese primer tipo de decisiones, las de carácter personal, también lo tiene determinar quién podrá tomar eso que llamamos decisiones colectivas.

La democracia proporciona a la segunda de esas preguntas una respuesta que no puede sino ser el agrado del hombre autónomo que desea gobernarse a sí mismo. La democracia, como todos sabemos, dice que las decisiones colectivas deben ser tomadas por los mismos sujetos que se verán luego afectados por ellas, y que en sociedades extensas y complejas en las que no es posible la reunión permanente de todos para la discusión de

este tipo de decisiones, no queda más alternativa que su adopción por representantes electos y en uso de la regla de la mayoría. Una regla puramente cuantitativa, reprocharán algunos, pero siempre es preferible, como indica Bobbio, “contar cabezas que cortarlas”.

Autenticidad y ciudadanía, entonces. Elegirse a sí mismo, pero saber elegir también a otros para que tomen las decisiones de gobierno; y elegirse a sí mismo sin tanta radicalidad como para llegar a despreciar a todos los que piden nuestro voto para llegar a las posiciones de poder en las que se adoptan las decisiones colectivas. La política, a fin de cuentas, tal como creía Popper, consiste sólo en elegir el mal menor, y la democracia no es tanto una forma de gobierno que posibilita elegir gobernantes perfectos, sino una que permite reemplazar a gobernantes ineptos sin incurrir en derramamientos de sangre.

La autenticidad, más que una virtud, o porque se trata precisamente de una virtud, es también un ideal moral, un ideal que tiene que ver con la autorrealización personal, con dispensar suficiente atención a sí mismo, aunque no exclusiva atención ni menos indulgencia para consigo mismo. No por nada Charles Taylor, como indicamos hace un instante, publicó en 1991 un libro que no vaciló en titular del modo que ya dijimos: *La ética de la autenticidad*.

En consecuencia, lo que mueve a esa autorrealización personal es precisamente una fuerza de orden moral y no la falta de ésta ni menos el propósito de acabar con toda moral. Así, si lo que se llama cultura de la autenticidad es equivalente a relativismo, se trata de un relativismo nada blando y no enteramente permisivo. En otras palabras, no todo da lo mismo, especialmente en lo que concierne a lo que queremos llegar a ser, y tampoco llegar a ser se reduce nada más que a tener éxito en el ejercicio de una carrera profesional, en la acumulación de un cierto patrimonio o en la formación de una familia donde refugiarnos y a la que circunscribir el mundo de nuestros afectos.

La autenticidad no es una retirada, pero sí presupone algún tipo de repliegue. No nos demanda salir de toda comunidad y permanecer en los márgenes, sino aprender primero a ser uno mismo antes de mostrarnos y de colaborar con los demás. Invita a tener y a cultivar algo así como un jardín interior, pero no para aislarnos en él, sino para dejar ese jardín a la vista y olfato de los demás, aunque sin concederle a nadie más que a uno mismo el reconocimiento como jardinero del lugar.

Cuando escribe sobre las virtudes, André Comte-Sponville prefiere explayarse sobre la buena fe, no sobre la autenticidad. Al margen de la cuestión de cuál de esas dos denominaciones es preferible, quisiera detenerme ahora un instante en la expresión “buena fe”.

Todos sabemos, más o menos, qué queremos decir cuando afirmamos que alguien actúa de buena fe. Es alguien que actúa no sólo con motivos sanos, sino con los mismos motivos, y no con otros, que reconoce para su acción. ¿Pero qué hace la palabra “fe” en esa expresión? ¿Cómo es que una fe puede ser buena y otra mala?

Si fe es creencia, y creencia firme, la buena fe es algo que otorga creencia, credibilidad diríamos hoy, en tanto que la mala fe no otorga nada semejante, sino todo lo contrario.

El que actúa de buena fe es creído, no porque dé siempre en el clavo, no porque acierte, sino porque se comporta según sus creencias, y por eso mismo es que consigue la creencia de sus semejantes. El que actúa de mala fe, en cambio, no es creído, y no porque yerre o se equivoque, sino porque dice comportarse por creencias que no son las que de verdad tiene, y por eso tampoco consigue que se le crea.

A mí me complica un poco, pasando ahora a otro punto, que Sartre, al definir lo que es el existencialismo, declare que “la existencia precede a la esencia”, porque si lo que eso significa —como él mismo dice— es que “el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y después se define”, aquella frase inicial suya quedaría mejor, creo yo, si la palabra “esencia” fuera reemplazada por “identidad”.

La existencia, entonces, precede a la identidad. Primero estamos en el mundo, sólo después llegamos a ser alguien en el mundo. Estamos, luego somos. Yo no llegaría tan lejos como lo hace Sartre, sobre todo cuando sentencia que el hombre “empieza por no ser nada”, pero la idea de fondo del existencialismo, la llamada “subjetividad”, me sigue pareciendo correcta, porque el hombre es, a fin de cuentas, lo que él se hace. Esto quiere decir que el hombre empieza por existir y “sólo será después, y será tal como se haya hecho”. El hombre es entonces un proyecto, un ser lanzado hacia un porvenir, que él mismo modela, y no propiamente hacia un destino que le venga impuesto por otro o por la naturaleza.

Por lo mismo, sigue Sartre, el hombre “no puede escapar al sentimiento de su total y profunda responsabilidad”, o sea, no puede liberarse de la angustia, sobre todo porque sabe además que al final del camino se halla esa disolución que llamamos muerte.

Una angustia, entonces, que proviene de que el hombre no se ha creado a sí mismo y, sin embargo, es libre y por tanto responsable de lo que hace con su existencia.

La autenticidad, por lo mismo, tiene que ver también con querer la libertad propia y con querer, asimismo, la libertad de los otros. Es fidelidad a uno mismo y a la par derecho de cada cual a ser y a presentarse como es, a

“morir invicto”, como dice Vargas Llosa de Zhivago, el médico de la célebre novela de Pasternak, personaje que sabe ser fiel no sólo a sus convicciones, sino también a sus incertidumbres, y que no puede ser considerado un héroe desde el punto de vista social, aunque sí desde el del apego a la condición propia, a las propias debilidades y atributos.

Pero el drama consistiría en que tenemos una sola existencia y, a la vez, como también dice Vargas Llosa, tenemos “los deseos y fantasías de desear mil”, aunque no para vivirlas sucesivamente, sino de modo simultáneo. Humboldt, por ejemplo, recomendaba expandir la personalidad en múltiples y aun opuestas direcciones.

Porque tenemos una vida y deseamos mil es porque leemos y vemos historias en el cine y en la televisión. Porque tenemos una vida y deseamos mil necesitamos también de las ficciones. Cada vez que leemos una novela, emprendemos un viaje para ser otros, “salimos para ser otros”, como dice de nuevo el escritor peruano.

Así, uno pasa en cierto modo a ser Jay Gatsby cuando lee la hermosa novela de Scott Fitzgerald, que es por cierto bastante más que la historia de un amor contrariado. El propio Fitzgerald dice que la prueba de una inteligencia superior consiste en mantener dos ideas opuestas a la vez sin perder por ello la capacidad de funcionar. No es raro entonces que *El gran Gatsby* concluya con un pensamiento triste y una imagen en cierto modo desgarradora: “y así seguimos —dice el relator de la historia—, luchando como barcos contra la corriente, atraídos incesantemente hacia el pasado”.

Atraídos, en suma, hacia lo que fuimos, que nos parece más que lo que somos, atraídos hacia los muchos que fuimos o quisimos ser, hacia los nobles despojos que sobrevivieron a nuestro esfuerzo por modelarnos con materiales que no siempre advertimos que eran perecibles.

Morir es entonces una protesta, un acto que tiene que ver con cualquier cosa menos con la paz, esa que conseguimos con la muerte, que es la disolución que sigue al acto de morir.

No quiero adoptar un tono demasiado lúgubre, pero la vida es entonces un proceso a la par de construcción y de disolución. De autoría de uno mismo y de demolición de sí mismo. De tareas que nos permiten realizar esa vida, pero también gastarla. Por eso es que tenemos que darnos crédito a nosotros mismos y a la vez mantenernos en guardia respecto de lo que somos, asumiendo por momentos el punto de vista de los demás. Tenemos que ser —trocando un tanto una idea de Xabier Rupert de Ventos— “hombres-brújula”, atentos a nuestro Norte, y “hombres-radar”, alertas también a la posición de los otros.

Si la autenticidad es ante todo algo así como construcción, fidelidad y presentación de sí mismo, y ese mismo no es nunca uno, sino muchos, la ficción —no digo el fingimiento— es el paliativo, según dice Vargas Llosa, que la imaginación ha concebido para el divorcio entre nuestra realidad limitada y nuestros apetitos desmedidos. “Gracias a ella somos más y somos otros sin dejar de ser los mismos”.

Autenticidad, entonces, como apego a sí mismo. No salirse de uno mismo, obstinarse incluso en uno mismo, como invita por su parte Hermann Hesse.

Ese escritor, en un breve ensayo del mismo título —*Obstinación*—, nos dice que la virtud es obediencia y que la cuestión capital es a quién se obedece, llamándonos a aceptar sólo la ley que lleva cada cual en sí mismo.

Hesse quiere que descubramos no una suerte de sentido común, sino el propio sentido, que por ser precisamente propio, esto es, de cada cosa, de cada persona, permite que “el mundo sea bueno, variado y hermoso”.

A Hesse le gusta ese nombre áspero e incluso vicioso —*obstinación*— y no se muestra muy dispuesto a canjearlo por otros como “personalidad”, “carácter” u “originalidad”.

Seguir entonces la propia estrella, salirse del rebaño, dejar latir en el pecho la “ley silenciosa y tenaz” de uno mismo, todo lo cual sólo podría resultar penoso para el sujeto cómodo, dócil, tradicional, aunque no para el hombre independiente que forja su propio sentido y se apega invariablemente a éste.

Claro que tampoco hay que llevar las cosas demasiado lejos. Un yo demasiado exacerbado puede llegar a creer que está en su derecho cuando pone los pies encima de sus semejantes. Un yo sobrevalorado puede considerar que los demás son sólo mediocres a los que es preciso someter y conducir en algún modo.

Se trata entonces de forjar y defender el sentido propio con el fin de ser cabalmente uno mismo, pero no con el propósito de trazarse algo así como una señal en la propia frente para que nos reconozcan la prerrogativa de mandar a los demás. Todo lo contrario, de lo que se trata es de mandarse apenas a sí mismo y no de irradiar como un ser providencial para los demás. La persona auténtica es celosa de su libertad y sabe a la vez detenerse ante la libertad de los demás. Sabe que tiene su propia medida, pero que cada uno de los demás también la tiene.

Todavía más: sabe que no sólo no debemos pretender regir sobre los demás, sino que es preciso aprender de ellos. Nadie es en verdad su propio y exclusivo laboratorio en lo que a la formación del talante intelectual y del temperamento moral se refiere. Nos hacemos alguien también en el diálogo

con los otros, por ejemplo, con nuestros padres, y aunque acabemos muchas veces dándoles la espalda, es cierto, como dice Charles Taylor, que la conversación con nuestros padres “continúa dentro de nosotros todo lo que duran nuestras vidas”.

Aristóteles creía que las virtudes se hallan justo al medio de dos defectos extremos. Así, la valentía sería una virtud que equidista tanto de la cobardía como de la temeridad, esto es, la valentía sería una virtud que se separa a la vez de la falta de coraje, la cobardía, y de su exceso, la temeridad.

Ignoro si un esquema semejante puede o no prestarnos alguna utilidad en el caso de nuestra virtud —la autenticidad—, pero podríamos afirmar, sólo con el propósito de aclarar un tanto más las cosas, que ella equidista por un lado de la falsedad y de la duplicidad, como es bien obvio, y que por el otro lo haría del vicio opuesto, que podría consistir en la ostentación de sí mismo, o sea, en eso que llamamos majadería.

Aunque resulte difícil alejarse de la falsedad para alcanzar siempre posturas auténticas, todos sabemos relativamente bien cuándo nos hallamos en un punto o en el otro. Pero quizás no ocurra lo mismo tratándose de lo que llamamos majadería. Tal vez resulte más difícil apercibirnos con justeza cada vez que en nombre de la autenticidad pudiéramos estar desplazándonos hacia su otro polo opuesto, hacia la ostentación de sí mismo, hacia la majadería.

Una personalidad auténtica debe entonces defenderse no sólo de la duplicidad y de las falsedades, sino también de la majadería. La autenticidad es fidelidad a sí mismo, no ostentación de sí mismo. Quiero decir que una persona auténtica debe ejecutar siempre su propia melodía interior, aunque a veces pueda resultar aconsejable utilizar también la sordina, esa pieza que los trompetistas manejan con destreza cada vez que quieren atenuar el estruendo de tan potente instrumento.

Como en todo lo que concierne a nuestra vida, en esto hay que saber también dónde trazar la línea que nos impida precipitarnos en el defecto, pero también caer en el exceso. El problema vuelve a ser que esa línea no está nunca trazada de antemano y es preciso entonces fijarla una y otra vez desde esa capacidad de deliberar a la que Aristóteles dio el nombre de prudencia.

El humor, ciertamente, también puede ayudarnos.

Tenemos que actuar con suficiente seriedad en todo lo que concierne a la conducción de nuestra propia existencia, aunque es el humor —como vuelvo a leer en el texto de Comte-Sponville, que lo coloca también entre las virtudes— lo que nos impide al fin satisfacernos demasiado con nosotros mismos, en tanto permite que nos entreguemos, aunque sea sólo a ratos, en brazos de lo que ese mismo autor llama una “desilusión gozosa”.

El humor nos permite reírnos de nosotros mismos, pero como es risa de uno y no contra uno, deja siempre a salvo nuestra identidad. No obra pues el humor como un disolvente de nuestra identidad, sino como un acto de misericordia que nos permitimos para con ella. Por eso es que Freud tenía razón cuando afirmaba que “el humor tiene algo que libera”. Nos libera por momentos de nosotros mismos cuando somos precisamente capaces de dirigirlo antes hacia nosotros que contra los demás.

Desde la seriedad con que debemos conducir nuestra vida, así como desde la práctica de la autenticidad que le es aneja, podemos y debemos presentarnos siempre como la persona que somos, pero, a la vez, y para no engolfarnos con nosotros mismos y para no fastidiar tampoco a los demás, deberíamos tomarnos en serio lo que dijo alguna vez Woody Allen: “Lo único que lamento es no ser otra persona”.

Lo único que lamento es no ser otra persona... Sí, porque si la autenticidad tiene que ver con la conciencia que uno tiene de sí mismo, ¿cómo no incluir en la cuenta que cada cual se hace a sí mismo las limitaciones, los defectos, las comicidades e imperfecciones de nuestro carácter?

El vicio, lo mismo que la virtud, es repetición. En nombre de la autenticidad debemos siempre repetirnos ante los demás, aunque nunca para que se crea que estamos enteramente a gusto en nuestro pellejo. Una repetición puramente gustosa de sí mismo sería un auténtico vicio. Una repetición de sí mismo que fuera más jubilosa y alegre que complacida y satisfecha, o sea, una repetición que incluya también el humor de sí mismo, sería en cambio algo parecido a una virtud.

Habría entonces que cultivar la autenticidad, pero nunca al precio de olvidarnos del humor. Todavía más: deberíamos entender el humor como cierto componente necesario de esa identidad que precisamos forjar y mostrar invariablemente a los demás.

Permítanme ilustrar esto último con un ejemplo personal.

Algo importante de mí, por cierto, es la dedicación a la tarea universitaria. No me refiero a la que ahora realizo momentáneamente en el escritorio de rector, sino a aquella más rica y permanente que transcurre día a día, junto a jóvenes, en medio de esa suerte de incandescencia que se produce comúnmente en las salas de clase. Yo creo tomarme en serio esa tarea, pero el trato que me dispensó una vez cierto ex alumno me convenció de que la única manera de conservar vivo lo que uno realmente estima es haciendo cada cierto tiempo risa de ello.

Voy a contarles un episodio enteramente verídico. No es nada excepcional, pero considero que se trata de un incidente francamente divertido. Al menos a mí me ha prestado una gran ayuda a la hora de perseverar en el oficio

de enseñar, aunque sin hacerme demasiadas ilusiones en punto a lo que un profesor consigue realmente impresionar a sus alumnos cuando les muestra a la par su ser y su saber.

Yo me ocupé en Valparaíso de la asignatura de Filosofía del Derecho, que se imparte en el último año de la carrera. Hace algún tiempo, mientras daba ese curso y entraba y salía casi a diario de la Escuela de Derecho, solía toparme con un joven muy formal que estaba entonces en los inicios de la carrera y que, al cruzarse conmigo y darme por ejemplo los buenos días o las buenas tardes, decía, muy serio, “buenos días, maestro” o “buenas tardes, maestro”. Utilizaba esa expresión tan embarazosa, “maestro”, en cada oportunidad que debía saludarme o responder al saludo que yo le hacía.

Llegó este joven alumno al quinto año de la carrera y apareció entonces su rostro, para mí ya tan familiar, entre los que formaron uno de mis cursos de Filosofía del Derecho.

A la salida de la primera clase, me crucé nuevamente con él y me llamó la atención que hubiera cambiado su saludo: “Buenos días, profesor”, me dijo simplemente.

Y así ocurrió durante todo el semestre que duró mi curso, resignándome yo con alguna facilidad al descenso que significaba el apelativo de profesor que él me adjudicaba ahora.

Llegó luego el día del examen, que él aprobó por supuesto sin problemas, y a poco andar me encontré otra vez con el que había pasado ahora a ser mi ex alumno, llamándome la atención que hubiera variado nuevamente la manera de dirigirse a mí: “Buenos días, don Agustín”, fue la frase que le escuché decir entonces.

Dos o tres años más tarde, recibido ya de abogado, cosa que yo sabía y que él sabía que yo sabía, me lo encontré una mañana en un tranquilo café de la ciudad. Vestía terno y la sonrisa con que me recibió denotaba una evidente satisfacción consigo mismo. “Agustín, ¿cómo está usted?”, me dijo, y yo respondí que estaba bien, aunque advertí que para él ya no sería más “don Agustín”.

Pero la historia no acaba ahí.

Al día siguiente volví a encontrar a mi ex alumno en el mismo lugar. Él estaba instalado en un extremo del mesón y yo en el otro, sin nadie entre ambos. Me miró entonces, encendió parsimoniosamente un cigarrillo, acomodó la tacita que tenía enfrente suyo y exclamó con evidente descaro y simpatía: “Cucho, tómame un café conmigo”. □